

Lo sonoro como motor en el acompañamiento terapéutico.

Echezuri, Lucía y Fernández, Yamila Paola.

Cita:

Echezuri, Lucía y Fernández, Yamila Paola (2022). *Lo sonoro como motor en el acompañamiento terapéutico. XVIII Congreso Argentino de Acompañamiento Terapéutico. Asociación de Acompañantes Terapéuticos de Argentina, Córdoba.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/luciaechezuri/12>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/phvQ/7yP>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LO SONORO COMO MOTOR EN EL ACOMPAÑAMIENTO TERAPÉUTICO

Modalidad de presentación: Trabajo libre.

Eje temático: Nuevas perspectivas en el acompañamiento terapéutico.

Autoras

Lucía Echezuri

Musicoterapeuta / Acompañante terapéutico

Hipólito Yrigoyen 6090 Dpto. 11 (Remedios de Escalada)

1163095642

luciaechezuri@hotmail.com

Yamila Paola Fernández

Psicóloga / Acompañante terapéutico

General Lavalle 50 Dpto. 4F

1131788681

yamila_ypf_fernandez@hotmail.com

Institución: Construyendo Lazos (equipo privado de acompañamiento terapéutico)

“La función de la música se muestra irreductible a todo aquello que sería posible de traducir bajo la forma verbal. Ella se ejerce debajo de la lengua y de cualquier discurso, a pesar de que emane del comentarista más inspirado, no será lo bastante profundo para explicitarla” (Levi- Strauss, 1976)

Introducción

El siguiente escrito abordará el recorrido de un acompañamiento terapéutico, situando el pasaje desde que el dispositivo es convocado como agente externo hasta que el paciente con sus recursos puede implicarse en el tratamiento, en otras palabras, hacer un uso de él. Para situar este pasaje ubicaremos cómo lo sonoro-musical fue el puente que permitió a este sujeto pasar de ser un objeto más de su casa a ser el protagonista de su propio espacio. Las intervenciones de las que fuimos sus acompañantes fueron pensadas desde un radical respeto a su posición subjetiva pero, a su vez, nos permitimos ser un poco ese ruido que irrumpió en su historia para, a partir de ello, bordearla y permitirle armar su propia narrativa.

Desarrollo

El pedido de acompañamiento para D provino de su familia, a causa del deterioro que venían percibiendo en él y que fue exacerbado por el contexto de la pandemia. D era un hombre de 81 años que sufría una maculopatía que le obturaba en gran medida la visión, junto con un diagnóstico de depresión con tintes

paranoides. Además presentaba un deterioro físico debido a una extrema delgadez y dificultades para caminar y en su estabilidad. D vivía junto con su esposa, con quien tenía una relación conflictiva en donde circulaban agresiones de índole verbal pero que a la vez se caracterizaba por la dependencia mutua. La convivencia de ellos dos era cada vez más dificultosa, por lo que la esposa demandaba a las acompañantes que “se lo saquen de encima”. Por otro lado, con las hijas tenía poco vínculo y D no toleraba la presencia de otros en su hogar, inclusive la de sus nietos. En todo ese panorama en donde D resultaba un ruido molesto en el ambiente familiar se inserta el acompañamiento, que desde el primer momento se tomó como paliativo de esa dinámica hogareña.

En los primeros encuentros D se mostraba tenso, nervioso, movía mucho sus manos, sus piernas y cada vez que podía decía que “algo malo iba a pasar”. Él se dirigía de manera muy amable a las acompañantes, pero rápidamente las invitaba a retirarse, hubo que esperar varios encuentros para que esa presencia fuera tolerada. Por la época del año y el contexto en donde el aire libre era mucho más seguro, principalmente para un hombre de 81 años, los encuentros se realizaban en el patio de su casa. Este lugar era a donde él era dirigido constantemente por la familia para que no estorbara y el que, poco a poco, desde el AT, se iría constituyendo en su espacio. Allí fue donde cada vez, en dos reposeras, se situaba el acompañamiento. Uno llegaba desde afuera y se encontraba con D esperándolo sentado en una de ellas.

El patio era el lugar que conectaba hacia el afuera, de donde provenían varios sonidos que eran percibidos como molestos por el paciente. A causa de su discapacidad visual, D refería padecer hipertrofia auditiva, la que provocaba que tuviera una sensibilidad particular a los sonidos. Esto era un constante motivo de queja por parte del acompañado, quien siempre justificaba con eso su malhumor. Incluso el mismo AT al inicio también fue un ruido molesto para él. Luego de algunos encuentros, mediante el soporte del AT, surge en D una duda, una pregunta que produciría un viraje en el acompañamiento: “¿Qué es ese sonido?”. Esta pregunta sitúa un cambio de su lado, el sonido pasa de ser una molestia a generar en él una curiosidad, esa que vehiculizó su salida al exterior de la casa en busca de las fuentes sonoras. Esta pregunta fue posible porque desde el espacio de acompañamiento se soportaba su hostilidad sin rechazarlo, con un respeto a su posición que permitió en él otro tipo de apertura. En relación a esto podemos pensar

que de los sonidos no nos podemos desentender. Lo sonoro irrumpe en el cuerpo, deja marcas que van dejando una huella rítmica y eso con el tiempo se va enlazando a una historia. La sonoridad es constitutiva del ser humano y al respecto Didier-Weill (1999) nos dice “La vocación de hacernos humanos nos es transmitida, en el origen, por una voz que no nos pasa la palabra sin pasarnos al mismo tiempo su música: el lactante recibe la música de esa «sonata materna» como un canto que, de entrada, transmite una doble vocación: ¿escuchas la continuidad musical de mis vocales y la discontinuidad significativa de mis consonantes”. Podemos situar, entonces, cómo esa musicalidad, ese ritmo, están entramados con la historia de un sujeto. Esta historia que se fue reconstruyendo en el campo de la transferencia que se abrió en el acompañamiento. A raíz de esto, D quiso salir a las calles de su barrio, enseñarnos su vida en el espacio mismo donde transcurrió. En estos paseos D cambiaba su semblante, sin importar el nivel de hostilidad que mostrara dentro de la casa en los paseos era comunicativo y amable, contaba a las acompañantes anécdotas de su vida y del vecindario, hablaba de cómo era el barrio antes, de las cosas que cambiaron, y buscaba generar encuentros con sus vecinos para saludarlos.

Paralelamente a este movimiento surgió como intervención del AT introducir música en los encuentros, la música era otro nombre de la invitación. Al inicio, como con todo, D rechazaba cualquier propuesta, pero la AT empezó a llevar un parlante como una oferta que, poco a poco, fue demandada de su lado. D pedía canciones que portaban la marca de su historia, la música fue reconstruyendo su biografía en donde de una canción se pasaba a un relato. Las canciones que él pedía no eran solamente de su agrado sino que tenían que ver con hitos de su historia, con personas significativas o momentos en donde fue la música su única compañía.

La teoría de la Identidad Narrativa (Ricoeur, 1981; McAdams, 1985, en Iacub, 2011) permite comprender y explicar las formas que el sujeto tiene de asimilar aquellos cambios que generan conflictos con su percepción identitaria, y los modos de elaboración narrativa con que otorga coherencia y continuidad a los acontecimientos de su ciclo vital. Pensar la identidad como una práctica narrativa implica considerar un sujeto activo, que lee su vida al mismo tiempo que continúa escribiendo (Ricoeur, 1999, en Iacub, 2011), revalorizando la incidencia del presente del sujeto, ya que es desde los parámetros actuales de comprensión de donde parte la acción de integrar las experiencias de vida. Una narración, en definitiva, es una

“construcción de significado que otorga sentido a la experiencia” (Iacub, 2011). Las variaciones en la identidad pueden fragilizar las figuraciones identitarias, y tienen un peso mayor en los momentos en que se pasa de una etapa a otra en el ciclo vital. Si esas variaciones fueran muy grandes podrían generar rupturas narrativas en la continuidad de la figuración del sí mismo y provocar en el sujeto la sensación de que esa nueva identidad es desconocida o negativa. En el caso de D, él llevaba al acompañamiento anécdotas de su juventud, cuando era un personaje reconocido y querido en su barrio, de cuando estudiaba o trabajaba dirigiendo construcciones de gran envergadura, como puentes o diques, y se lamentaba de su actual estado que lo llevaba a depender del cuidado de los otros y le impedía disfrutar de actividades significativas para él como la lectura o la escucha de música.

La configuración es aquel proceso mediante el cual el sujeto puede ensayar un relato que integre en un todo aquellas circunstancias disímiles y no coherentes que fueron aconteciendo en su vida, encadenar hechos y sucesos a través de un orden de causalidades para minimizar los puntos de quiebre biográfico —momento que Erik H. Erikson nombra como “Integridad del yo Vs. Desesperación” (1950)—. Estos relatos cobran relevancia cuando hay un otro que los valide en su escucha, el relato y el otro son soportes de identidad (Iacub, 2011). Por otro lado el compartir con otro el relato tiene implicancias en la identidad prospectiva, es decir, en la dimensión de futuridad de un sujeto, la continuidad del sí mismo quedará inscripta en un recuerdo. El otro, además de soporte identitario pasa a ser un modo de trascendencia.

Según Even Ruud (1998), “oír, tocar y hablar sobre música no es sólo una reflexión de la identidad sino una manera más de representar el sentido de nosotros mismos, nuestras identidades”. Por un lado, la música, al ser parte de nuestra cotidianidad, forma parte de muchas de las situaciones significativas que constituyen nuestra identidad narrativa: están las canciones que nos cantaban de pequeños, la música de nuestra adolescencia, con la que bailábamos, las canciones de celebraciones importantes como cumpleaños y casamientos. Por otro lado, la música puede constituirse en un objeto que utilizamos para evidenciar nuestros valores y nuestra posición en la cultura (Ruud, 1998), el gusto musical es una referencia relevante a la hora de dar cuenta de nuestra personalidad. Por último, tanto la identidad como la música tienen un anclaje en un tiempo y un espacio, en una época y una localización geográfica. Las canciones pueden dar cuenta de una suerte de calendario personal y hacer referencia al lugar de origen del sujeto. En el

caso de D, eran raras las ocasiones que pedía escuchar música únicamente por el placer del disfrute de la pieza. Por lo general sus pedidos venían acompañados de referencias a su vida, era la música que su madre oía o la música que escuchaba cuando estudiaba en su cuarto, o simplemente la que le gustaba en su juventud y que despertaba en él memorias y sentimientos de nostalgia. Fue a través de las canciones que D pudo ir elaborando un relato que ofreció a las acompañantes, la música ofició como organizador de su narración identitaria.

Conclusiones

En el presente escrito contamos el recorrido de un acompañamiento terapéutico. Ese recorrido partió de un ruido molesto, ajeno, que fue en un principio el AT en la vida de este hombre, a partir del armado del propio ritmo de los encuentros se dio pie a la reconstrucción de la historia de un sujeto. Historia que fue hermosa de acompañar. En los acompañamientos se arma una propia musicalidad, sonidos dispersos encauzados en intervenciones, en pausas como espera de una diferencia, en invenciones de nuevos cortes para el sujeto que permiten introducir variaciones en el ritmo de una historia, un nuevo modo de contar. Estos modos incluyen al otro, no lo dejan solo ni aislado. Con D recorrimos su barrio y su historia a su ritmo, con su caminar lento, movimiento que en un inicio parecía impensable, pero a medida que pasó el tiempo en cada encuentro él esperaba a sus acompañantes. Sus mañanas ya no eran las mismas.

Referencias bibliográficas

Didier-Weill, A. (1999). *Invocaciones. Dionisio, Moisés, San Pablo y Freud*. Ed. Nueva Visión.

Erikson, E.H. (1950) *Infancia y sociedad*. Ediciones Horme.

Iacub, R. (2011) *Identidad y envejecimiento*. Editorial Paidós SAICF.

Levi-Strauss, C. (1976). *El hombre desnudo. Mitológicas IV*. Ed. Siglo XXI

Ruud, E. (1998) Música e identidad. En V. D'onofrio (Comp.), *Audioperceptiva Aplicada II*. Universidad de Buenos Aires.